

Para qué engañarnos. Los diputados lo saben bien, otra mesa de negociación es igual a una nueva decepción. Y mientras, los precios suben y suben y suben...



## Ejecuta el hampa a siete personas en cuatro entidades

S. OCAMPO, J. VALDEZ Y A. HERAS ■ 13

## ETA proclama largo conflicto con el Estado español; luego, negociación

ARMANDO G. TEJEDA, CORRESPONSAL ■ 19

### POLEMICO



David Alfaro Siqueiros captado por Leo Matiz, fotógrafo *macondiano* que huyó de México tras un pleito con el muralista. Otras imágenes del artista de la lente se exhiben en Chapultepec

ANA MÓNICA RODRÍGUEZ ■ 2a

hoy

**La Jornada**  
**semanal**

### columnas

DOMINGO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	6
BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME	10
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	12

### opinión

ROLANDO CORDERA CAMPOS	14
GUILLERMO ALMEYRA	14
ANTONIO GERSHENSON	15
ARNALDO CÓRDOVA	15
JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO	17
ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO	24

## GRAN MURALLA BLANCA



Cada año la ciudad de Harbin, en el noreste de China, alberga un festival de esculturas de hielo y nieve que atrae numerosos turistas ■ Foto Ap

## MAR DE HISTORIAS

### Dos arbolitos

CRISTINA PACHECO

**P**or estas fechas siempre escasea el trabajo. A los hombres como que les entran los remordimientos o tienen más gastos y no disponen de los cien pesos que les cobramos por 15 minutos: ni uno más. Las compañeras se quejan: estar paradas tantas horas, zancoas y con este frío, es tremendo; pero ni modo, hay que chambear para ganarse la chuleta.

Las horas se hacen más llevaderas cuando platicamos, pero a veces ni de eso nos dan ganas. Cada una se queda en su pedazo de calle, pensando en sus deudas, en sus enfermedades, en los hijos que están solos, esperándolas o a lo mejor andan por ahí haciendo barbaridades. Al menos yo no tengo esta preocupación. En mi cuarto nomás está mi primo Rafael. Todos los días amanece diciéndome que ya se va otra vez a Estados Unidos, pero al volver en la noche me lo encuentro oyendo el radio: su vicio.

Rafael ya no es tan joven y entre más tiempo deje pasar menos hallará trabajo aquí o del otro lado. Es pesadito mantenerlo, pero no sólo por quitarme esa carga me gustaría que se ocupara en algo. Si Rafa tuviera qué hacer dejaría de estar pensando siempre en lo mismo: que le falló a su madre y nunca le mandó dinero. La única promesa que él le cum-

plió a mi tía Raquel fue volver. Lástima que lo haya hecho cuando ella no pudo saberlo porque le ganó la enfermedad. Que Dios la tenga en su santo reino.

Sus hermanos culparon a Rafael por la muerte de su madre y le salieron con que ni en sueños iban a permitirle quedarse a vivir en la casa. Él me lo dijo todo hace tres años, la noche en que me lo encontré esperándome. Sabía dónde vivo pero no de qué, o a lo mejor se hizo tonto. Me pidió que lo dejara quedarse conmigo unos días mientras pensaba qué iba a hacer con su vida.

Desde que me separé de Horacio no me gusta vivir con nadie, pero ni modo de cerrarle las puertas a Rafael y botarlo como si no fuera mi primo. Somos casi de la misma edad. Como no tuve hermanos, de chica me pasaba todo el tiempo en su casa. Rafa y yo compartimos muchas cosas, hasta fuimos juntos a la escuela.

### II

Después de tiempo de no vernos, esa noche Rafael y yo nos la pasamos platicando. Hablamos mucho de mi tía Raquel: tan delgadita y tan gritona, siempre con

sus dolores de espalda y sus ventosas; de cuando nos llevaba al mercado, a comprar verdura y fruta pasadas porque eran más baratas; de aquella vez que nos mandó a vender la caja de aguacates que le trajo su hermana de Veracruz. Por el servicio mi tía nos regaló cinco pesos. Para nosotros fue toda una fortuna y creo que nunca me he sentido tan rica.

Cuando murió Justiniano, el padrastro de mis primos, como Rafa era el mayor, mi tía lo sacó de estudiar y le dijo que buscara trabajo. Para mí fue terrible porque ya no tenía con quien divertirme tocando los timbres de las casas mientras íbamos a la escuela. Allí comencé a perder el interés por el estudio. Rafa no hizo ningún comentario pero me di cuenta de que le había gustado que se lo contara.

Aquella noche empezó a llover y le recordé a mi primo los meses en que trabajó de barrendero en el cine del barrio. Me dijo que fue la mejor época de su vida porque veía todas las películas, aunque desde la última fila, cerca de la puerta. Su obligación era quedarse allí por si el cine se inundaba y él tenía que sacar el agua a escobazos. Entonces —me dijo— imaginaba que era un capitán luchando para que la tormenta no destruyera su barco.